



Los naso constituyen una de las ocho grupos indígenas que habitan Panamá y están repartidos en once pequeñas comunidades. :: P. CHATO

La guerra silenciosa de los naso

Unas 4.000 personas 'invisibles' luchan por la supervivencia de un pueblo

En Panamá, un país alejado del foco mediático mundial, se libra una dura batalla silente

:: PILAR CHATO

PANAMÁ. Glen aparece entre los árboles. Viene del río, pero no de bañarse. Ronda los seis años, sólo viste calzoncillos y tiene una mirada orgullosa y retadora.

—¿Qué llevas ahí?

—Piedras.

—¿Y para qué?

—Para la policía— y las muestra al tiempo que exhibe un biombo (tirachinas) del tamaño de su brazo.

El calor es húmedo y pegajoso, pero la lluvia ha dado una tregua. En el ambiente hay excitación y, al tiempo, cierto alivio. Los hombres se mueven de un grupo a otro, de un líder a otro, mientras el rey Valentín observa y escucha. Las mujeres y muchos niños ya han tomado asiento bajo un gacebo comunitario cuyo techado de palma sin concluir habla de provisionalidad. Es 16 de noviembre de 2009 y ayer llegó la noche sin que la nueva amenaza de desalojo se cumpliera sobre las comunidades indígenas naso de San San y San San Druy, en Panamá. Ocho meses antes, el 30 de marzo, no hubo tanta suerte y las

palas echaron las casas al suelo y destruyeron gran parte de lo que había en ellas. Hoy, sin embargo, es tiempo de cuadrar estrategias, de informarse, de unirse y de hablar. También está de visita el presidente de la comisión de Asuntos Indígenas de la Asamblea Nacional, Leopoldo Archibald. Habrá promesas, pero pocos hechos. Hoy ronda la tentación de tener esperanza, esa que caerá en picado cuando tres días después, el 19 de noviembre, a pesar de los recursos ante organismos internacionales y las advertencias de ilegalidad ante los juzgados, los naso se enfrenten a un nuevo desalojo. De nuevo los antimotines, las palas, las casas

derribadas y los gases lacrimógenos. De nuevo el miedo y la impotencia. La justicia es lenta, pero en Panamá parece congelada.

En un lado de esta desigual pelea se encuentra Ganadera Bocas, empresa del potentado panameño Mario Guardia, salpicado de algunos escándalos de corrupción, que esgrime títulos de propiedad oficiales sobre unas tierras que los naso habitan y cultivan desde hace décadas. En el otro, una comunidad indígena que reclama derechos ancestrales y trata de defender su precaria economía y su amenazada cultura. Apenas 190 hectáreas son el litigio entre vacas e indígenas.

En el mundo hay guerras públicas, mediáticas, cartas en una partida global de intereses políticos, económicos y de dominación. Y hay otras guerras, sin nombre, silenciosas, donde la ignorancia y la indiferencia del resto del mundo se convierten en el arma más peligrosa. La batalla de los naso y las comunidades de San San y San San Druy es uno de esos ejemplos.

Los últimos

Los naso son uno de los ocho grupos indígenas que habitan Panamá junto a los ngäbe, buglé, kuna, emberá, wounan, bokotá y bri bri. En el caso de los naso apenas quedan 4.000 in-

dividuos repartidos en 164.000 hectáreas y 11 comunidades. Se asientan en la provincia de Bocas del Toro, cerca de la frontera con Costa Rica, en el entorno del Río Teribe (la 'gran abuela' en naso) y el Parque Internacional La Amistad, uno de los bosques tropicales más importantes de Mesoamérica. Sobreviven apoyados en una economía de subsistencia con cultivos de plátano, cacao y arroz, la venta de madera, y la cría de algún cerdo y gallinas. Algunos hombres trabajan fuera de las comunidades y cuentan con escuelas de primaria, pero si los niños y niñas quieren seguir sus estudios tiene que viajar kilómetros para hacerlo.

PACO GÓMEZ NADAL

COORDINADOR EN PANAMÁ DE HUMAN RIGHTS EVERYWHERE

LA VOZ DEL TIEMPO

Fronteras, recursos naturales, indígenas y abandono estatal. El cóctel está servido y la resaca que puede dejar no será menor.

En Latinoamérica, la voz del tiempo, de los pueblos originarios (antes aborígenes, después indios y más tarde indígenas) está despertando. La razón con-

siste en los proyectos económicos de multinacionales energéticas, mineras, del agua, del biocombustible, hasta del uso de cultivos ancestrales como la coca para fines ilegales.

Evo Morales es el primer indígena que gobierna un país indígena desde 1492 gracias a una prolongada lucha contra la privatización del agua y en pro del cultivo tradicional de la coca. En Perú, el presidente Alan García ha tenido que dar marcha atrás en sus planes de explotación de la Amazonía. En Chile, los mapu-

ches llevan décadas luchando contra las hidroeléctricas. En Brasil, el popular Lula da Silva tiene abiertos varios frentes con los pueblos indígenas.

Son decenas de batallas desperdigadas en el festín de una América mestiza que hasta ahora tenía a los pueblos originarios como invitados de piedra, aislados en zonas remotas. Hoy, esas zonas son una cuenta corriente jugosa para explotar y los indígenas han decidido resistir. El resultado es incierto, pero ignorar los conflictos no los hará desaparecer.